

Arthur Schnitzler

El regreso de Casanova

Traducción de Roberto Bravo de la Varga



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Casanovas Heimfahrt*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Retrato del escritor Arthur Schnitzler (Viena, 1922): © Archiv Setzer-Tschiedel/Imagno/Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Roberto Bravo de la Varga, 2021

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-505-8

Depósito legal: M. 21.584-2021

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

A los cincuenta y tres años, cuando ya hacía mucho que no era el placer de vivir aventuras propio de la juventud sino el desasosiego de una vejez en ciernes lo que le empujaba a recorrer el mundo, Casanova sintió crecer en su alma la nostalgia de Venecia con tanto ímpetu que, como un pájaro que desciende poco a poco por el aire desde lo más alto del cielo para ir a morir, comenzó a dar vueltas en círculos cada vez más cerrados alrededor de la ciudad que le viera nacer. En los últimos diez años de su destierro, los requerimientos que venía dirigiendo al Gran Consejo para que se le permitiera regresar se habían multiplicado; no obstante, si en la redacción de tales escritos, en los que era un maestro, había permitido que la terquedad y la testarudez, en ocasiones incluso el mero gusto de sentarse a poner unas letras, guiasen su pluma, hacía ya tiempo que sus pa-

labras, poco menos que humildes súplicas, parecían expresar de forma inequívoca una dolorida nostalgia y un sincero arrepentimiento. Creía tener motivos más que suficientes para confiar en que al fin sería escuchado, ya que aquellos pecados de su juventud que los miembros del Consejo no estaban dispuestos a perdonar no tenían tanto que ver con su temperamento indomable, pendenciero y canalla, al que la mayoría de las veces no le faltaba un punto de gracia, sino con la libertad de pensamiento, y esto empezaba a caer en el olvido poco a poco, mientras la historia de su portentosa fuga de Los Plomos, la siniestra prisión del Palacio Ducal, que había relatado en innumerables ocasiones en cortes de reyes, palacios de nobles, mesas de burgueses y casas de mala reputación hilvanándola como solo él sabía hacer, comenzaba a tener más eco que el resto de los escándalos vinculados con su nombre, de manera que, de un tiempo a esta parte, las cartas que le iban llegando a Mantua, donde llevaba viviendo dos meses, firmadas por hombres muy poderosos, habían hecho que el aventurero, cuyo esplendor se iba apagando lentamente, tanto de cara a los demás como ante sí mismo, concibiera esperanzas de que su destino daría un giro favorable dentro de poco.

Como sus recursos económicos habían sufrido una notable mengua, Casanova había decidido esperar el indulto en una posada modesta, pero decente, en la que se había hospedado en épocas más

felices, y aunque nunca había renunciado por completo a recrearse en distracciones menos intelectuales, dedicaba la mayor parte de su tiempo a la redacción de un libelo dirigido contra Voltaire censurando sus blasfemias, una obra que pensaba sacar a la luz para afianzar su posición en Venecia y ganarse el aprecio incondicional del público biempensante, preparando así el terreno para su regreso.

Una mañana, mientras daba un paseo por las afueras de la localidad tratando de redondear la redacción de una frase demoledora contra el irreverente francés, se apoderó de él un atroz desasosiego, una inquietud casi física; la insufrible rutina que había llevado en aquellos tres meses: las salidas al campo más allá de las puertas de la ciudad; las discretas veladas dedicadas al juego en compañía de un tal barón Perotti y de su amante, picada de viuelas; las tiernas caricias de su posadera, que ya no era joven, pero en la que ardía aún el fuego de la pasión; el mismo estudio de las obras de Voltaire y su esfuerzo por ofrecer una respuesta fresca y audaz, que por el momento, en su opinión, no iba mal encaminada... todo aquello, acaso por el aire tibio y dulce de aquella mañana de finales de verano, le pareció tan absurdo como repugnante; masculló una maldición sin saber muy bien contra quién o contra qué y, agarrando el puño de su espada, lanzando amenazadoras miradas a su alrededor, como si unos ojos invisibles se burlasen de él acechándole en la

soledad que le rodeaba, volvió sobre sus pasos para regresar a la ciudad con la intención de emprender al instante los preparativos para su inmediata partida, pues no le cabía duda de que empezaría a encontrarse mejor en cuanto se hubiera acercado siquiera unas millas a su añorada patria. Caminó a toda prisa para no llegar tarde y poder asegurarse una plaza en el coche de postas que partiría hacia el Este al caer el sol... No era tanto lo que tenía que arreglar y, como podía ahorrarse perfectamente la visita de despedida al barón Perotti, media hora sería más que suficiente para recoger sus pertenencias y hacer el equipaje para el viaje. Pensó en sus dos trajes, ya estaban algo deslucidos y llevaba puesto el peor, también en su ropa interior, tan fina en otro tiempo y llena ahora de remiendos... Estos vestidos junto con un par de tabaqueras, un reloj con una cadena de oro y un puñado de libros eran todo cuanto poseía. Le vinieron a la cabeza tiempos pasados cuando era un hombre distinguido, disponía de dinero para cubrir holgadamente sus necesidades y permitirse cualquier capricho, contaba con un sirviente, la mayoría de las veces un tunante, claro está, y recorría el país en un espléndido carruaje. Lágrimas de impotencia y de rabia asomaron a sus ojos. Una joven, con una fusta en la mano, pasó a su lado guiando un carromato cargado con sacos y toda clase de enseres domésticos entre los cuales yacía roncando su marido ebrio. Casanova, que avanzaba a

grandes zancadas por la calzada, una avenida flanqueada por castaños a los que se les habían caído las hojas, venía con el semblante descompuesto, murmurando entre dientes palabras incomprensibles. Al principio, la mujer le observó con curiosidad, esbozando una mueca burlona, pero cuando se dio cuenta de que él la fulminaba con una mirada colérica, sus ojos adquirieron una expresión de temor y, al final, cuando se dio la vuelta para ver cómo se alejaba por el camino, de lasciva complacencia. Casanova no ignoraba que la rabia y el odio causan en la juventud una impresión más perdurable que la dulzura y la ternura, y, por ello, supo al momento que le habría bastado deslizar un comentario atrevido para conseguir que el vehículo se detuviera y hacer con la joven a su antojo; aunque esta idea le levantó el ánimo por un instante, no le pareció que mereciese la pena demorarse ni siquiera unos minutos por una aventura tan insignificante, así que dejó que aquel carromato de campesinos siguiera su camino tranquilamente, traqueteando entre el polvo y la bruma de la carretera.

La sombra de los árboles apenas restaba fuerza a un sol abrasador que había ido ascendiendo hacia lo alto del cielo y Casanova no tuvo más remedio que moderar su paso poco a poco. El polvo del camino se había pegado a su ropa y a su calzado formando una espesa capa que impedía apreciar lo viejos que estaban, de modo que, a juzgar por su

atuendo y su porte, Casanova podía pasar por un elegante caballero que había decidido dejar su carroza en casa, porque ese día le apetecía caminar. Ya se tendía ante él el arco de la puerta por la que se entraba a la ciudad, cerca de la cual se encontraba la posada en la que vivía, cuando un pesado carruaje en el que venía sentado un hombre más o menos joven, entrado en carnes y bien vestido, salió a su encuentro dando botes. Había cruzado las manos sobre el vientre, traía los ojos medio cerrados y parecía estar a punto de echar una cabezada, cuando su mirada se posó por casualidad sobre Casanova y brilló con un inesperado fulgor, al tiempo que su cuerpo se estremecía de alegría. Se puso en pie precipitadamente, cayó de nuevo sobre su asiento, volvió a levantarse, palmeó al cochero en la espalda para indicarle que parase, se giró para no perder de vista a Casanova mientras el vehículo se detenía, le hizo señas con ambas manos y al final gritó su nombre por tres veces con una voz fina y clara. Fue aquella voz la que hizo que Casanova reconociera al hombre, se acercó al carruaje, ahora inmóvil, y, sonriendo, estrechó las manos tendidas del pasajero al tiempo que preguntaba:

—¿Es posible, Olivo? ¿Sois vos?

—Sí, lo soy, señor Casanova, ¿ya me reconocéis entonces?

—¿Por qué no habría de hacerlo? Es cierto que desde el día de vuestra boda, cuando os vi por últi-

ma vez, habéis ganado algo de volumen... pero seguro que yo también he cambiado en estos quince años, y no habrá sido poco, aunque en otro aspecto.

—¡Sois prácticamente el mismo! —exclamó Olivo—. ¡Es más, yo diría que no habéis cambiado en absoluto, señor Casanova! Eso sí, han sido dieciséis años, hace pocos días se cumplió el aniversario, y como os podéis imaginar, Amalia y yo estuvimos un buen rato hablando de vos ...

—¿De verdad? —dijo Casanova cordialmente—. ¿Seguís acordándoos de mí de vez en cuando?

Los ojos de Olivo se humedecieron. Seguía teniendo las manos de Casanova entre las suyas y las estrechó conmovido.

—¡Es mucho lo que tenemos que agradeceros, señor Casanova! ¿Cómo habríamos de olvidarnos de nuestro benefactor? De hecho, si algún día...

—No hablemos de ello —interrumpió Casanova—. ¿Cómo se encuentra doña Amalia? ¿Y cómo puede ser que llevando dos meses enteros en Mantua, muy retirado, eso es cierto, aunque salga a pasear con frecuencia, para no perder la costumbre, no me haya encontrado con vos, Olivo, incluso con ambos ni una sola vez?

—¡Muy sencillo, señor Casanova! Ya hace mucho que no vivimos en esta ciudad que, si le soy sincero, nunca he podido soportar, y Amalia tampoco. Hacedme el honor, señor Casanova, subid y dentro de una hora estaremos en mi casa. No digáis que no

—insistió al ver que Casanova se resistía ligeramente—. ¡Qué contenta se pondrá Amalia cuando vuelva a veros y qué orgullosa se sentirá cuando os presente a nuestros tres hijos! Sí, señor Casanova, tres. Todas niñas. De trece, diez y ocho años... así que, con todos mis respetos, ninguna está en edad de... perder su cabecita por vos.

Rió bonachonamente, agarró sin más a Casanova y se dispuso a subir con él al carro. Este, sin embargo, negó con la cabeza. Por un momento, tentado por una comprensible curiosidad, había estado a punto de aceptar la invitación de Olivo, pero la impaciencia se apoderó de él una vez más y aseguró que, por desgracia, se veía en la necesidad de abandonar Mantua ese mismo día, antes de que cayera la noche, para atender asuntos importantes. Por otra parte, ¿qué se le había perdido a él en casa de Olivo? ¡Dieciséis años eran mucho tiempo! Seguro que Amalia no estaría más joven ni más hermosa, su hijita de trece años no tenía edad para sentir nada por él y el propio Olivo, que en su día había sido un jovencito delgado, centrado en sus estudios, se había convertido en un padre de familia, un campesino entrado en carnes que vivía en una zona rural; en todo aquello no había nada llamativo, nada que le atrajese lo suficiente como para posponer un viaje que podría acercarle a Venecia diez o veinte millas. No obstante, Olivo, que no parecía dispuesto a conformarse con la negativa de Casanova, insistió en

acercarle, por lo menos, a su posada, algo que Casanova no podía rechazar sin resultar descortés. En pocos minutos llegaron a su destino. Al verle entrar, la posadera, una imponente mujer que mediaba los treinta, saludó a Casanova con una mirada en la que cualquiera, incluso Olivo, podía adivinar la tierna relación que existía entre ambos. A él le tendió la mano, pues, como comentó enseguida a Casanova, era un conocido con el que mantenía una buena relación y al que solía comprarle de forma habitual un vino seco y dulce que elaboraba en su hacienda y vendía a un precio muy razonable. Olivo aprovechó la ocasión para lamentar que el *chevalier* de Seingalt (pues era así como la posadera había saludado a Casanova y Olivo no dudó en servirse también de este tratamiento) rechazase cruelmente la invitación de un viejo amigo con el que se había encontrado al cabo de los años con la ridícula excusa de tener que partir de Mantua aquel mismo día. La mueca de extrañeza de la posadera le hizo comprender que hasta ese momento ignoraba las intenciones de Casanova; este, por su parte, se justificó asegurando que aquel viaje no era más que un pretexto al que había recurrido para no molestar a la familia de su amigo con una visita inoportuna, pero lo cierto era que se veía en la obligación, incluso en la necesidad, de concluir un importante trabajo literario en los próximos días y una habitación fresca y tranquila como la que ocupaba en aquella excelente posada

era el lugar más adecuado para llevar a buen término esta tarea. Al escuchar aquello, Olivo aseguró que sería un honor para él alojar al *chevalier* de Seingalt en su casa, para que concluyera en ella su obra; retirarse al campo redundaría sin duda en beneficio de su empresa; tampoco le faltarían documentos y libros de consulta, si es que necesitaba de ellos, pues la sobrina de Olivo, hija de su difunto hermanastro, una muchacha extraordinariamente docta a pesar de su juventud, había llegado a su casa hacía pocas semanas con una caja entera llena de libros; y si alguna noche aparecían invitados, el *chevalier* no tendría que preocuparse por ellos, a no ser que, después de una dura jornada de trabajo, le apeteciera tomar parte en una amena conversación o jugar una partida de cartas para distraerse un rato. En cuanto Casanova oyó hablar de la joven sobrina de Olivo, pensó que tenía que conocer en persona a aquella criatura; dando a entender que aún abrigaba sus dudas, terminó cediendo ante la insistencia de Olivo, pero se apresuró a declarar que en modo alguno podría ausentarse de Mantua más que un día o dos, y exhortó a su amable posadera a que le hiciera llegar de inmediato a través de un mensajero las cartas que pudieran llegar en su ausencia y que tal vez fueran de suma importancia. Olivo estaba muy satisfecho de como se había resuelto el asunto. Casanova se dirigió a su habitación, se preparó para el viaje y, al cabo de un cuarto de hora, apareció en

el comedor, donde, mientras tanto, su futuro anfitrión había estado hablando de negocios con la posadera. Al verle llegar, este se puso en pie, apuró su copa de vino y, haciéndole un guiño cómplice, le prometió que le devolvería al *chevalier* sano y salvo dentro de un día o dos. Casanova, en cambio, al que de pronto le había entrado la prisa y parecía tener la cabeza en otra parte, se despidió fríamente de su amiga, que le acompañó hasta la puerta del carruaje donde le susurró al oído unas palabras de despedida que no sonaron precisamente tiernas.

Mientras los dos hombres avanzaban por la polvorienta carretera bajo el abrasador sol del mediodía rumbo al campo, Olivo fue contando con detalle, aunque con escaso orden, cómo le había ido en la vida: poco después de casarse había comprado un pequeño terreno cerca de la ciudad y había puesto en marcha un pequeño negocio de verduras, luego había ido ampliando su hacienda y había podido dedicarse a la agricultura; su esfuerzo y el de su esposa habían sido bendecidos por Dios y, al fin, tres años atrás, sabiendo que el conde Marazzani estaba abrumado por las deudas, adquirió su antiguo palacio, que en aquel momento se encontraba en muy malas condiciones, junto con los viñedos que lo rodeaban y se instaló cómodamente en aquella casa solariega con su mujer y sus hijas, aunque no descendía de una familia de condes. Ahora bien, era muy consciente de que todo aquello no habría sido

posible sin las ciento cincuenta monedas de oro que su novia, o más bien la madre de esta, había recibido como regalo de manos de Casanova; sin aquella portentosa ayuda su suerte no habría cambiado y es muy probable que siguiera haciendo lo mismo que entonces, enseñar a leer y a escribir a pilluelos maleducados, y lo más seguro es que se hubiera convertido en un viejo solterón, y Amalia, en una vieja solterona... Casanova le dejaba hablar, aunque apenas le escuchaba. Se le vino a la cabeza aquella aventura en la que había estado involucrado a la par de tantas otras de mayor importancia, y que, por ser la más modesta de todas, prácticamente no había vuelto a recordar ni a tener en cuenta desde entonces. En un viaje que realizó de Roma a Turín o a París—ni él mismo se acordaba ya—disfrutó de una breve estancia en Mantua, donde una mañana, en la iglesia, conoció a Amalia. Su rostro hermoso, pálido, compungido, le resultó agradable y se dirigió a ella para preguntarle gentil y atentamente qué le sucedía. Confiada como todas las que entonces se acercaban a él, le había abierto su corazón de buena gana, y así fue como se enteró de que, a pesar de su apurada situación económica, se había enamorado de un maestro de escuela tan pobre como ella, por lo que tanto el padre de él como la madre de ella se negaban a darles su bendición, pues consideraban que aquel matrimonio carecía de futuro. Casanova se ofreció de inmediato para allanar el camino. En

primer lugar consiguió que le presentaran a la madre de Amalia, una hermosa viuda de treinta y seis años que aún podía atraer la atención de algunos admiradores, así que Casanova no tardó en trabar amistad con ella y utilizó aquella intimidad para interceder por su hija y obtener así su consentimiento. Una vez vencida su oposición, el padre de Olivo, un comerciante venido a menos, no tuvo más remedio que aceptar el enlace, sobre todo cuando Casanova, que se había hecho pasar por un pariente lejano de la madre de la novia, se comprometió generosamente a pagar los gastos de la boda y una parte de la dote. La propia Amalia, por su parte, tenía que mostrar su gratitud al noble protector que se había presentado ante ella como el embajador de un mundo sublime, y lo hizo tal y como le dictaba su corazón, de manera que, cuando la noche anterior a su boda se desprendió por última vez de los brazos de Casanova con las mejillas encendidas, no se le ocurrió pensar ni por un momento que estuviera ofendiendo a su novio, quien al fin y al cabo debía su dicha a la amabilidad y a la nobleza de aquel fascinante extranjero. Puede que Olivo hubiera acabado enterándose por la propia Amalia de la curiosa forma en que había expresado su agradecimiento a quien tanto le había favorecido, tal vez hubiera dado por sentado que ella se había entregado a él y lo hubiera asumido como algo natural, que no tenía por qué provocar sus celos, o acaso lo ocu-

rrido se hubiese mantenido en secreto hasta hoy... Casanova no se había preocupado jamás de ello y tampoco le preocupaba en ese momento.

Cada vez hacía más calor. El carruaje, montado sobre unas ballestas demasiado duras y provisto de unos cojines verdaderamente incómodos, los zarandeaba bruscamente de un lado a otro, sacudiéndolos con violencia; la locuacidad de Olivo, que no dejaba de hablar de la fertilidad de sus campos, de las virtudes de su mujer, de la buena educación de sus hijas y de la grata convivencia con sus vecinos, tanto nobles como rústicos, con su voz fina y su acento benévolo, empezó a aburrir a Casanova, que enfadado consigo mismo se preguntaba por qué motivo había aceptado una invitación que solo podía acarrearle molestias y arrojar un resultado decepcionante. Añoraba la posada de Mantua, su fresca habitación, donde a esa misma hora habría podido seguir trabajando en su escrito contra Voltaire sin que nadie le importunase, y ya estaba decidido a apearse en la siguiente fonda, alquilar un vehículo cualquiera y regresar, cuando Olivo alzó la voz para saludar y, gesticulando con ambas manos como solía hacerlo, cogió el brazo de Casanova y señaló a un carruaje que en ese momento se había detenido junto al suyo como si ambos se hubieran puesto de acuerdo. Tres muchachitas se apearon de un salto una detrás de otra, de modo que la pequeña tabla que les había servido de asiento salió por los aires y fue a parar al suelo.

—Son mis hijas —dijo Olivo no sin orgullo, volviéndose hacia Casanova justo en el momento en que este se disponía a descender del carruaje—. Quédese sentado, mi querido *chevalier*, dentro de un cuarto de hora llegaremos a nuestro destino; no es tanto, yo creo que podremos apañarnos y viajar todos juntos en este coche. Maria, Nanetta, Teresina... mirad, este es el *chevalier* de Seingalt, un viejo amigo de vuestro padre, acercaos, besad su mano, porque sin él no habríais... —en ese instante se interrumpió y se dirigió en voz baja a Casanova—. He estado a punto de decir una tontería —luego, en voz alta, se corrigió a sí mismo—. ¡Sin él... muchas cosas serían distintas!

Las niñas, de cabello moreno y ojos oscuros como Olivo, y todas, incluso la mayor, Teresina, con aspecto infantil, observaron al extraño sin disimular su curiosidad, como es propio de los campesinos, y la más pequeña, Maria, siguiendo las indicaciones de su padre, se dispuso a besar la mano de Casanova con mucha formalidad; pero este no lo consintió, sino que tomó la cabeza de las muchachas una tras otra y les besó ambas mejillas. Mientras tanto, Olivo intercambió unas cuantas palabras con el joven que había traído hasta allí a las niñas, tras lo cual este arreó al caballo y continuó por la carretera en dirección a Mantua.

Las muchachas ocuparon su sitio en la parte de atrás del carruaje, frente a Olivo y Casanova, riendo

y peleándose en broma. Iban muy apretadas y hablaban todas al mismo tiempo, y como su padre tampoco dejaba de parlotear, al principio a Casanova no le resultó fácil seguir la conversación y comprender qué estaban contando. Se quedó con un nombre: el de un tal teniente Lorenzi; según Teresina, se había cruzado con ellas hacía un rato mientras iba cabalgando en su caballo, había anunciado su visita para aquella noche y les había pedido que saludasen cordialmente a su padre de su parte. Luego, las niñas comentaron que, en un principio, su madre tenía la intención de salir con ellas a buscar al padre, pero, viendo el calor que hacía, había preferido quedarse en casa con Marcolina. Parece ser que Marcolina seguía acostada en su lecho de plumas cuando se marcharon de casa, así que cogieron bayas y avellanas y se las tiraron a través de la ventana de su habitación, que daba el jardín, de otro modo aún estaría durmiendo a aquellas horas.

—En realidad, Marcolina no acostumbra a levantarse tan tarde —dijo Olivo volviéndose hacia su invitado—, la mayoría de las veces ya está en el jardín a las seis de la mañana o incluso más temprano y se queda estudiando hasta mediodía. Ayer, claro está, tuvimos invitados, y la velada se prolongó un poco más de lo habitual, también echamos una partidita... no como las que el *chevalier* suele jugar... somos gente de paz y no pretendemos quitarnos el dinero los unos a los otros. Por otra parte, como a

nuestro honorable abate también le gustan las cartas, se podrá figurar que no sucede nada pecaminoso.

Al mencionar al abate, las muchachas se echaron a reír, estuvieron murmurando Dios sabe qué y luego volvieron a reírse con más ganas que antes. Casanova, por su parte, se limitó a asentir distraído; en su fantasía veía a la señorita Marcolina, a la que ni siquiera conocía aún, echada sobre su blanca cama, frente a la ventana, con la colcha caída, el cuerpo medio desnudo, adormilada, rechazando con las manos las bayas y las avellanas que entraban volando... y un delirio absurdo nubló sus sentidos. Marcolina era la amante del teniente Lorenzi, de eso no cabía duda, estaba tan seguro como si los hubiera visto a ambos fundiéndose en el más tierno abrazo, y estaba tan resuelto a odiar al desconocido Lorenzi como ansioso por encontrarse ante la misteriosa Marcolina.

En la trémula bruma del mediodía, elevándose por encima del follaje verde grisáceo, alcanzó a ver una torrecita cuadrada. El carruaje no tardó en abandonar la carretera, doblando por un camino lateral; a la izquierda crecían las viñas asentadas sobre la suave pendiente de las colinas, a la derecha se agitaban las copas de unos árboles inmemoriales que sobresalían por encima de la tapia de un jardín. El carruaje se detuvo ante una puerta cuyas hojas, deterioradas por los elementos, estaban abiertas de

par en par. Los viajeros se apearon y el cochero, a una seña de Olivo, siguió adelante hacia el establo. Un camino ancho, a la sombra de los castaños, conducía hasta el palacio, que a primera vista parecía falto de adorno, incluso descuidado. Lo que más llamó la atención de Casanova fue una ventana rota en el primer piso; tampoco se le escapó que la base de la torre, más ancha que alta, que cargaba todo su peso sobre el edificio, comenzaba a desmoronarse aquí y allá. Las puertas de la casa, en cambio, presentaban hermosas tallas, y, al entrar en el vestíbulo, tuvo que admitir que el interior se conservaba bastante bien, mucho mejor, desde luego, de lo que cabía suponer viendo el exterior.

—¡Amalia! —llamó Olivo levantando la voz, cuyo eco devolvieron los muros y las bóvedas—. ¡Baja tan deprisa como puedas! He traído a un invitado, Amalia. ¡Y vaya invitado!

Pero Amalia ya había aparecido en lo alto de la escalera sin que ellos, que habían estado a pleno sol y ahora se encontraban sumidos en la penumbra, se hubieran dado cuenta. Casanova, cuyos agudos ojos habían conservado la capacidad de penetrar incluso la oscuridad de la noche, la advirtió antes que su marido. Sonrió y, al hacerlo, notó que aquella sonrisa rejuvenecía su rostro. Amalia no había engordado en absoluto, a pesar de lo que él se temía, sino que conservaba una figura esbelta y un aspecto juvenil. Le reconoció al momento.

–¡Qué sorpresa! ¡Qué alegría! –exclamó sin mostrar desconcierto alguno, bajó los escalones a toda prisa y ofreció las mejillas a Casanova, pero este prefirió saludarla dándole un abrazo, como se hace con una amiga especialmente querida.

–¿Y pretendéis que me crea –dijo él entonces– que Maria, Nanetta y Teresina son hijas vuestras, Amalia? Por el tiempo que ha pasado bien podría ser...

–Y por todo lo demás también –añadió Olivo–. ¡Podéis creerme, *chevalier*!

–Tu encuentro con el *chevalier* –dijo Amalia dedicando al invitado una mirada ebria de recuerdos– debe de ser, sin duda, la causa de tu retraso, Olivo.

–Así es, Amalia, pero espero que, a pesar del retraso, quede aún algo de comer.

–Por supuesto, Marcolina y yo no queríamos sentarnos solas a la mesa, aunque ya estábamos hambrientas.

–¿Y tendréis la bondad de aguardar hasta que haya sacudido de mis ropas el polvo del camino y me haya aseado un poco? –preguntó Casanova.

–Os mostraré vuestra habitación ahora mismo –anunció Olivo–. Confío en que quedaréis satisfecho, *chevalier*, casi tan satisfecho... –hizo un guiño antes de añadir en voz baja– como en vuestra posada de Mantua, aunque echéis en falta ciertas atenciones.

Le precedió subiendo la escalera hasta la galería, que trazaba un cuadrado alrededor del vestíbulo y